



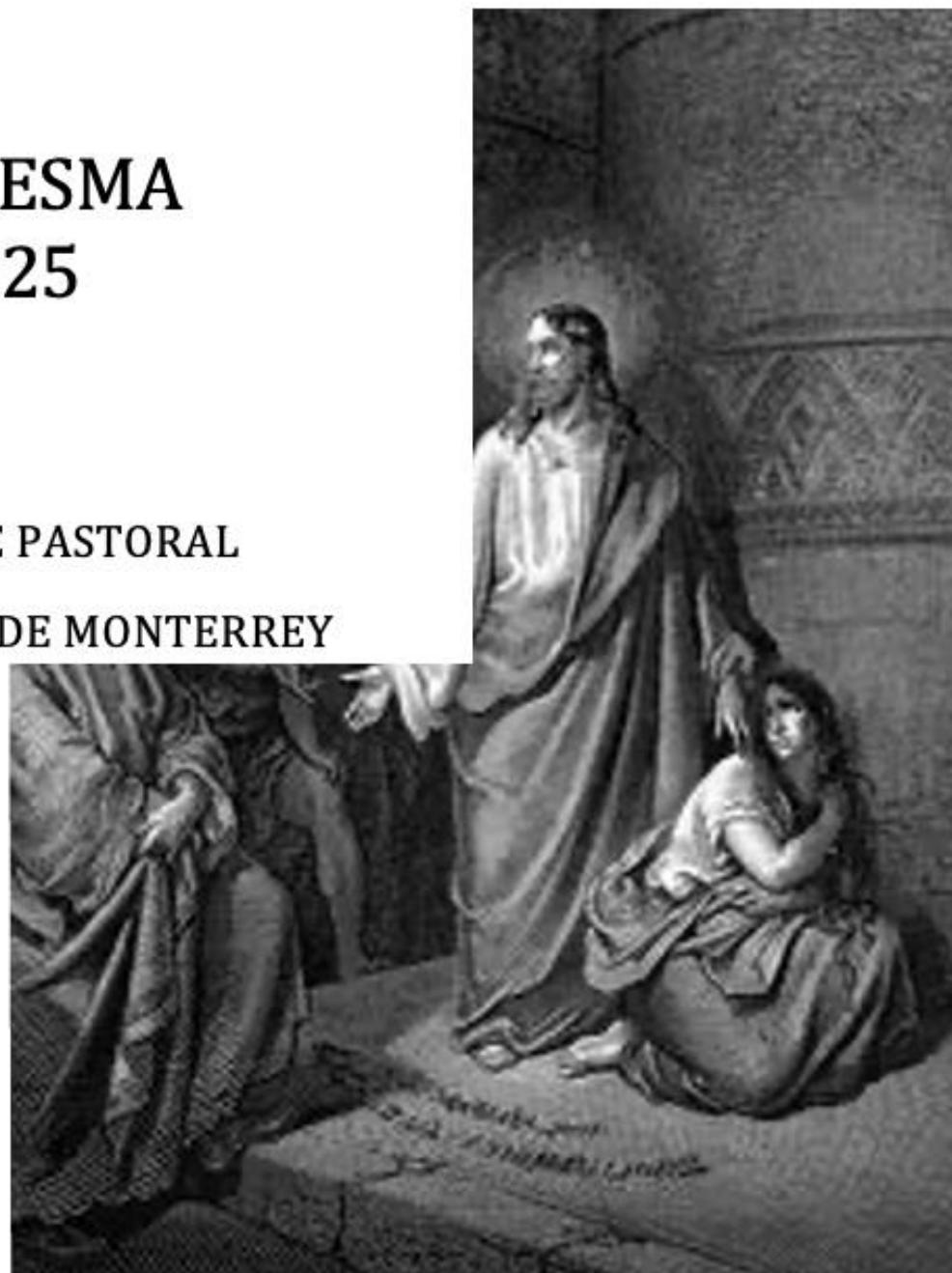
EJERCICIOS ESPIRITUALES

CRISTO RESUCITADO
NUESTRA ESPERANZA



CUARESMA
2025

VICARÍA DE PASTORAL
ARQUIDIÓCESIS DE MONTERREY



Índice

Meditación **1** Iglesia discípula que sigue a Jesús
Primer domingo de cuaresma
Lc 4, 1-13 pg. 5

Meditación **2** Iglesia unida y sinodal
Cuarto domingo de cuaresma
Lc 15, 1-3.11-32 pg. 11

Meditación **3** Iglesia misericordiosa y de puertas
abiertas
Quinto domingo de cuaresma
Jn 8,1-11. pg. 15

Meditación **4** Iglesia misionera y en salida
Tercero domingo de cuaresma
Lc 13, 1-9 pg. 19

**Hora
Santa** Hora Santa
Segundo domingo de cuaresma
Lucas 9, 28b-36. pg. 22

Introducción

La Cuaresma es un tiempo privilegiado en el calendario litúrgico, un camino de 40 días que nos invita a una profunda conversión personal y comunitaria en preparación para la Pascua, que nos llena de esperanza en el Resucitado. En este itinerario espiritual, la liturgia nos ofrece, las lecturas de los domingos como guía para reflexionar y orar sobre los grandes misterios de nuestra fe. Este año, bajo la luz del ciclo litúrgico C, los evangelios nos presentan a Jesús como el Maestro que nos llama a vencer la tentación, a transfigurarnos en su luz, a acoger la misericordia del Padre, a convertirnos en instrumentos de reconciliación y a vivir en unidad como comunidad de creyentes.

Estos ejercicios espirituales, además, están inspirados en los cuatro llamados de nuestro Plan de Pastoral, que como fruto de la escucha de Dios tienen que ver con el “ser” de la Iglesia. Los 4 llamados iluminan y orientan el objetivo general de nuestro Plan de Pastoral, marcando un modo de ser y hacer (PP 73).

1. **Iglesia Discípula que sigue a Jesús**, escucha la Palabra de Dios y se deja transformar por ella.
2. **Iglesia Misericordiosa de puertas abiertas**, que imita el corazón del Padre en su compasión y amor por todos, especialmente los más necesitados.
3. **Iglesia Misionera y en salida**, enviada a anunciar el Evangelio a todos los rincones del mundo.
4. **Iglesia Unida y sinodal**, que camina junta como Pueblo de Dios, superando divisiones y viviendo en comunión.

Propósito de los Ejercicios

El propósito de estas meditaciones es redescubrir nuestra vocación como discípulos de Cristo, llamados a ser peregrinos de esperanza. A través de la meditación de los evangelios de los domingos de Cuaresma 2025 y los llamados del Plan de Pastoral, profundizaremos en la identidad de la Iglesia como comunidad de fe que escucha, acoge, sirve y vive en comunión. Todo esto, en camino hacia la Pascua, verdadera esperanza cristiana.

Metodología

Los llamados de nuestro Plan de Pastoral irán guiando nuestra reflexión día a día. Seguimos ese orden. Ofrecemos 4 meditaciones y un esquema para Hora Santa. Cada meditación, además, estará inspirada en uno de los evangelios dominicales de Cuaresma y concluirá con algunas preguntas concretas para la reflexión personal y comunitaria.

- 1. Iglesia Discípula, I Domingo (Lucas 4, 1-13):** Reflexión sobre la Iglesia Discípula, que aprende de Jesús a vencer las tentaciones del poder y del pan mediante la oración y la confianza en el Padre. La Cuaresma es un tiempo privilegiado.
- 2. Iglesia unida y sinodal, IV Domingo (Lucas 15, 1-3.11-32):** Reflexión sobre la Iglesia Unida, que celebra la reconciliación y la fraternidad, acogiendo a todos con el amor del Padre.
- 3. Iglesia misericordiosa y de puertas abiertas, V Domingo (Juan 8, 1-11):** Profundización en la misión de la Iglesia Misionera, que ofrece el perdón y guía a hombres y mujeres hacia una nueva vida en Cristo.
- 4. Iglesia misionera y en salida, III Domingo (Lucas 13, 1-9):** Llamado a ser una Iglesia Misericordiosa, que acompaña a los hermanos en su proceso de conversión, con paciencia y esperanza, experimentando el corazón del Padre.
- 5. Hora Santa, II Domingo (Lucas 9, 28b-36):** Invitación a contemplar la Transfiguración como signo de una Iglesia llamada a descubrir a Jesús en el sacramento de la Eucaristía y en el mundo.

Vicaría de pastoral, Arquidiócesis de Monterrey

Iglesia discípula que sigue a Jesús
Primer domingo de cuaresma
Lc 4, 1-13

Del santo evangelio según san Lucas

Jesús, lleno de Espíritu Santo, regresó del Jordán y el Espíritu lo conducía por el desierto. Allí fue puesto a prueba por el Diablo durante cuarenta días, y en todos esos días no comió nada, pero al terminar ese tiempo sintió hambre. El Diablo, entonces, le dijo: «Si tú eres Hijo de Dios, ordénale a esta piedra que se convierta en pan». Jesús le respondió: «Dicen las Escrituras: El hombre no vivirá solo de pan».

Luego, llevándolo a un lugar alto, el Diablo le mostró en un instante todos los reinos de la tierra y le hizo esta promesa: «Te daré todo el poder y el esplendor de estos reinos, porque me han sido entregados, y yo los doy a quien quiero. ¡Todo será tuyo si te postras delante de mí!» Jesús le respondió: «Dicen las Escrituras: Adorarás al Señor, tu Dios, y solo a él darás culto».

Después lo llevó a Jerusalén, lo puso sobre la parte más alta del Templo y le dijo: «Si tú eres Hijo de Dios, lánzate de aquí abajo, porque dicen las Escrituras: Te encomendará a sus ángeles para que te cuiden. También dicen: Te llevarán en sus manos para que tu pie no tropiece con ninguna piedra». Jesús le respondió: «Está escrito: No pondrás a prueba al Señor, tu Dios.» “Cuando el Diablo terminó de someter a Jesús a todo tipo de pruebas, se apartó de él hasta el momento oportuno.”

Palabra de Dios.

Meditación

Jesús en el desierto

El primer punto es el del desierto. Jesús acaba de recibir, en el Jordán, la investidura mesiánica para llevar la buena noticia a los pobres, sanar los corazones afligidos y predicar el reino (cf. Lc 4, 18s). Pero no se apresura a hacer ninguna de estas cosas. Al contrario, obedeciendo a un impulso del Espíritu Santo, se retira al desierto, donde permanece cuarenta días.

A la acción mesiánica precede el recogimiento interior. Este recogimiento incluye necesariamente una lucha con la tarea encomendada, una lucha con lo que parece más urgente. Jesús debe adentrarse en el silencio que solo el desierto puede ofrecer. En este desierto encontrará la tentación, pero, sobre todo, encontrará la presencia de Dios. Si bien el texto pasa inmediatamente al diálogo con el maligno, podemos intuir que el objetivo de Jesús no es conversar con el diablo, sino, como siempre, buscar la intimidad con su Padre, esta vida interior que fomentará siempre para afrontar la misión. Jacques Philippe, sacerdote francés, nos dice que el combate espiritual consiste en esto: en defender la paz interior contra el enemigo que se esfuerza por arrebatárnosla.

La Cuaresma es la ocasión que la Iglesia ofrece a todos, sin distinción, para vivir un tiempo de intimidad con Dios sin tener que abandonar, por ello, las actividades cotidianas. San Agustín, padre de la Iglesia latina, nos dice:

«¡Vuelve a entrar en tu corazón! ¿A dónde quieres ir lejos de ti mismo? Vuelve a entrar desde tu vagabundeo que te ha llevado fuera del camino; vuelve al Señor. Él está listo. Primero entra en tu corazón, tú que te has hecho ajeno a ti mismo, a fuerza de vagabundear fuera: ¡no te conoces a ti mismo, y buscas a quien te ha creado! Vuelve, vuelve al corazón, sepárate del cuerpo... Entra en el corazón: examina allí lo que quizá percibes de Dios, porque allí se encuentra la imagen de Dios; en la interioridad del hombre habita Cristo» (San Agustín, In Ioh. Ev., 18, 10: CCL 36, 186).

El tiempo de la Cuaresma quiere ser esa oportunidad de entrar en uno mismo, por más difícil que parezca, pero no solo como un ejercicio de autoconocimiento personal, sino con el deseo de encontrarnos con Dios que habita en nosotros, con este deseo de abandono en Dios y de confiarnos nuevamente a Él. Santa Catalina de Siena nos dice en relación a la providencia:

«¿Por qué no confías en mí, tu Creador? ¿Por qué te apoyas en ti? ¿No soy fiel y leal contigo? Redimido y restaurado en la gracia en virtud de la sangre de mi Hijo único, el hombre puede decir entonces que ha experimentado mi fidelidad. Sin embargo, dudas todavía. ¿Te parece que yo no sea lo bastante poderoso como para socorrerte, suficientemente fuerte para ayudarte y defenderte contra tus enemigos, suficientemente sabio como para iluminar tu inteligencia o que tenga suficiente clemencia como para poder darte lo que es necesario y lo que te hace falta para vivir en plenitud hoy? Pareces creer que yo no soy lo suficientemente rico como para salvarte en tus necesidades ni lo suficientemente bello para devolverte la belleza que perdiste por el pecado. Se diría que temes encontrarte conmigo para que te nutra de vestidos y pueda cubrirte en tu indigencia» (Diálogo, cap. 14).

Cuando Jesús se retiraba a lugares solitarios era para orar. Lo descubrimos en múltiples pasajes. Jesús va al desierto para sintonizar, como hombre, con la voluntad de Dios, para profundizar la misión que la voz del Padre, en el bautismo, le había hecho comprender: la misión del Siervo obediente llamado a redimir al mundo con el sufrimiento y la humillación. En definitiva, fue allí para orar, para estar en intimidad con su Padre. Y este es también el objetivo principal de nuestra Cuaresma. No se va al desierto solo para dejar algo, se va allí sobre todo para encontrar algo, más aún, a Alguien. El creyente va al desierto, desciende a su corazón, para reanudar su contacto con Dios: *La llevaré al desierto y hablaré a su corazón* (Os 2, 16). Queremos que este tiempo de Cuaresma y que estos ejercicios espirituales nos den la oportunidad de volver a Dios. Entremos, pues, en el desierto acompañados por Jesús.

Las tentaciones

Siguiendo con nuestra meditación, descubrimos, en el relato evangélico, la presencia del Diablo, identificado como el adversario y, más específicamente, el Acusador (Sal 109,6; Zac 3,1-5). Su nombre griego, “diablo,” significa aquel que divide o desune, particularmente a través de la calumnia. Desde los orígenes, lo vemos como el tentador que busca introducir el desorden en la obra del Creador (Gn 3; Sab 2,24; Jn 8,44; Ap 12,9). Así, Jesús, enviado por Dios para destruir el pecado y establecer el Reino, enfrenta en el desierto al enemigo por excelencia: la serpiente del paraíso, quien sigue oponiéndose al plan divino.

Joseph Ratzinger, en su obra *Jesús de Nazaret*, señala que las tres tentaciones narradas por Mateo y Lucas reflejan no solo la lucha de Jesús con su misión, sino también una cuestión central para toda la humanidad: ¿qué es lo que verdaderamente importa en la vida? En el núcleo de toda tentación está la invitación a dejar a Dios al margen, a relegarlo como algo secundario, superfluo o incluso molesto frente a lo que parece más urgente y tangible.

De ahí el énfasis del Evangelio: “sintió hambre.” El hambre, una necesidad primaria, parece reclamar una solución inmediata. Aquí surge la tentación con su engaño característico: no incita directamente al mal, sino que adopta una apariencia moral. Nos invita a abandonar lo que considera “ficticio”, Dios, para centrarnos en lo “real”, como el poder o el pan. Presenta esta elección como el verdadero realismo, haciendo que las cosas de Dios parezcan irreales, innecesarias.

La cuestión fundamental que Jesús enfrenta, y que cada uno de nosotros enfrenta, es Dios mismo, continúa Ratzinger: ¿es verdaderamente real?, ¿es Él el Bien por excelencia o debemos, por nuestra cuenta, definir lo que es bueno? Esta disyuntiva nos coloca ante la encrucijada de la existencia humana: confiar en Dios o en nuestras propias fuerzas.

Al igual que Jesús resistió la tentación de resolver lo inmediato a costa de relegar a Dios, también nosotros estamos llamados a discernir. ¿Cuántas veces hemos considerado las cosas de Dios como secundarias? ¿Cuántas veces hemos confiado únicamente en nuestras fuerzas, creyendo que el poder y los logros materiales son lo único real?

Jesús nos enseña que la victoria sobre la tentación no radica en negar nuestras necesidades humanas, sino en subordinarlas a la voluntad de Dios. Él nos recuerda que no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (Mt 4,4). Su victoria sobre el tentador nos invita a poner a Dios en el centro de nuestras vidas, confiando en que Él es el Bien y lo Real por excelencia.

El pan

El Diablo, entonces, le dijo: «Si tú eres Hijo de Dios, ordénale a esta piedra que se convierta en pan». ¿Cuál es el problema con el pan? ¿Por qué Jesús responde de esta manera? “El hombre no vivirá sólo de pan” o “no sólo de pan vive el hombre”. ¿Acaso no le pedimos a Dios el pan de cada día?

Esta respuesta de Jesús no se entiende solo en el contexto de las tentaciones. Basta recordar otros pasajes donde se menciona el pan, como la multiplicación de los panes. Este texto nos muestra a un Jesús que sacia el hambre de una multitud, una multitud que primero acudió a escuchar el mensaje de salvación: esta buena noticia que libera y transforma. Después de buscar a Dios y encontrarlo, ahora sí se disponen a compartir el pan.

Han descubierto la capacidad de compartir, de clamar a Dios por el pan y de reconocerse como hermanos. Jesús no se muestra indiferente ante el hambre humana, pero la sitúa en el contexto adecuado y le da el orden correcto: primero, buscar a Dios; después, las demás necesidades se ordenan y encuentran sentido.

Otro ejemplo significativo es la Última Cena, un texto eucarístico. Aquí Jesús se ofrece a sí mismo como alimento espiritual para la salvación del mundo entero. Él es el pan de vida que se da y se sigue ofreciendo hasta el fin de los tiempos. Este banquete de reconciliación nos enseña a ser hijos y hermanos, sentados juntos en torno a una misma mesa con Jesús.

Ahora entendemos mejor la tentación en este pasaje. La búsqueda exclusiva del pan, sin Dios, nos deshumaniza. Nos aleja los unos de los otros, y convierte nuestras vidas en una egoísmo colectivo por lo que creemos esencial. Byung-Chul Han, filósofo contemporáneo, crítica este consumismo egocéntrico donde el otro no es importante. Añadiríamos: tampoco lo es Dios. Todo y todos se convierten en objeto de consumo. Sacando a Dios de la historia y sustituyéndolo solo por la manufactura técnica, terminamos comiendo piedras pensando que son pan. Laudato Sí nos dice: El consumismo nos hace creer que somos libres, mientras tenemos la libertad de consumir, pero no nos da la libertad de compartir, de cuidar y de respetar el entorno y a los demás (cfr. LS, 203).

Ratzinger lo explica claramente al hablar de la necesaria búsqueda de Dios: “Si el corazón del hombre no es bueno, ninguna otra cosa puede ser buena, y la bondad del corazón solo puede venir de la Bondad absoluta que es Dios”. Volver a Dios como la primera prioridad nos permite ser verdaderamente buenos, encontrando un nuevo rumbo y sentido en nuestra vida cristiana. Es el corazón de carne que Dios nos promete: “Les daré un corazón nuevo y les infundiré un espíritu nuevo en su interior. Arrancaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne” (Ez 36, 26).

Entrar en el desierto de la Cuaresma significa buscar a Dios, darle de nuevo la oportunidad de hablar a nuestro corazón. Cuando buscamos a Dios y aspiramos a la bondad, lo demás, como el pan, se nos da por añadidura.

Iglesia Discípula

Como hemos mencionado, el esfuerzo del maligno está en impedir que la misión de Jesús, salvar y liberar, se cumpla. Su apuesta es que Jesús tome un camino distinto al que su Padre le mostró en el bautismo. De manera similar, la Iglesia, es decir, nosotros, enfrentamos constantemente la tentación de tomar nuestros propios caminos sin escuchar a Dios. Sin embargo, la Iglesia está llamada, por esencia, a ser siempre discípula.

El primer llamado de nuestro Plan de Pastoral es: Una Iglesia discípula que sigue a Jesús, es decir, ser una comunidad centrada en Cristo Redentor, invitada estar con Él, que ora, contempla e irradia su rostro, cercana a su corazón, y al del ser humano y enviada a dar testimonio (PP87).

En la tarde de Pascua, Cristo entrega a los discípulos el don mesiánico de su paz y los hace partícipes de su misión: anunciar el Reino de Dios y ofrecer a todas las personas, sin excluir a nadie, la misericordia y el amor del Padre. En el Cenáculo, con el soplo del Espíritu Santo, comienza la nueva creación: nace un pueblo de discípulos misioneros. El discipulado es una parte esencial del ser apóstoles de Jesús: aprender de Él, seguirle fielmente.

La Iglesia ha querido siempre ser continuadora de la misión de Jesús, no una misión personal orientada hacia el pan o el poder, sino la misión de anunciar el Reino. El verdadero discípulo escucha a Dios y está atento a sus palabras. El desierto de la Cuaresma nos ofrece la oportunidad de escuchar a Dios con mayor profundidad y convertirnos en sus discípulos, la victoria de Cristo sobre las tentaciones nos anima a renovar nuestra fe en la noche de Pascua.

La Asamblea general del sínodo de los obispos nos recuerda: La formación del discípulo misionero comienza con la iniciación cristiana y hunde sus raíces en ella. Por lo tanto, no hay mejor momento para renovar nuestro ser discípulos que en la Pascua, destino y sentido último de la Cuaresma. En este tiempo queremos prepararnos para renovar nuestro bautismo y proclamamos, una vez más, nuestra fe en Jesús, Señor de la vida.

Para reflexionar:

Responder en lo personal:

1. ¿Qué cosas, que no son Dios, suelo considerar más urgentes en mi vida?
2. ¿Por qué esas cosas ocupan un lugar prioritario?
3. ¿Qué pasos concretos puedo dar para priorizar a Dios en mi vida?

Para compartir (en comunidad):

1. ¿Cómo podemos, como comunidad-parroquia, vivir más plenamente nuestro llamado a ser discípulos de Cristo?
2. ¿Qué prácticas concretas podríamos incorporar para escuchar más a Dios y a los demás?

Joseph Ratzinger, *Jesús de Nazaret*.
Byung-Chul Han, *El espíritu de la esperanza*.
Raniero Cantalamessa, *Con Jesús en el desierto*.
Jacques Philippe, *La paz interior*.
Asamblea General del Sínodo de los Obispos.

Del santo evangelio según san Lucas

Entonces Jesús les dijo esta parábola: Un hombre tenía dos hijos. El más joven de ellos le dijo a su padre: “Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde”. Entonces el padre repartió la fortuna entre los hijos. Poco tiempo después, el hijo menor reunió todo lo que tenía y se fue a un país lejano, donde derrochó todos sus bienes viviendo de manera desordenada. Cuando ya había gastado todo, se produjo un hambre terrible en esa región y comenzó a padecer necesidad. Entonces fue y consiguió trabajo en casa de uno de los habitantes de ese país, que lo mandó a sus campos a cuidar cerdos. Él deseaba saciar su hambre con el alimento que comían los cerdos, pero nadie se lo daba. Al darse cuenta de su situación se puso a pensar: “¡Cuántos obreros de mi padre tienen comida en abundancia mientras yo estoy aquí muriéndome de hambre! Me levantaré, volveré a la casa de mi padre y le diré: ‘Padre, he pecado contra Dios y ante ti. Ya no merezco tener el nombre de hijo tuyo. Trátame como a uno de tus obreros’”. Entonces se levantó y volvió a la casa de su padre.

Todavía estaba lejos cuando su padre lo vio y, conmovido profundamente, salió corriendo a su encuentro, lo abrazó y lo besó con ternura. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra Dios y ante ti. Ya no merezco tener el nombre de hijo tuyo”. Pero su padre ordenó a los servidores: “¡Rápido! ¡Traigan la mejor ropa y vístanlo! ¡Pónganle el anillo en su mano y sandalias en sus pies! ¡Traigan el ternero más gordo, mátenlo y festejemos! Porque mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado”. Y empezaron a festejar.

Su hijo mayor estaba en el campo. Al volver, ya próximo a la casa, oyó la música y los bailes. Entonces llamó a uno de los servidores y le preguntó qué ocurría. Él le dijo: “Tu hermano ha vuelto y tu padre mandó matar el ternero más gordo, porque lo ha recuperado sano y salvo”. Y tanto se enojó el hermano mayor que no quería entrar. Su padre tuvo que salir a rogarle que entrara, pero él le respondió:

“Hace tantos años que te sirvo y nunca desobedecí ni una sola de tus órdenes. Sin embargo, nunca me diste un corderito para que haga una fiesta con mis amigos. Ahora ha venido ese hijo tuyo que despilfarró tus bienes con prostitutas y mandas matar en su honor el ternero más gordo”. El padre le contestó: “¡Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo! Pero era necesario festejar y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado”.

Palabra de Dios.

Meditación

La misericordia del Padre, *generadora de unidad*

Es en sus parábolas donde Jesús interpreta más bellamente para nosotros, el mensaje de la misericordia del Padre. Esto vale sobre todo para la parábola del hijo pródigo Lc 15,11-32. Parábola que está grabada en la memoria colectiva de la humanidad. (Walter Kasper).

Una dinámica familiar

“*Un hombre tenía dos hijos ...*”. Y no se parecen en nada. Siempre que la Biblia pone en escena a dos hermanos los presenta muy distintos entre sí: por carácter, por temperamento, mentalidad, actitudes. Comenzando por Abel y Caín, y después Jacob y Esaú, luego, en el evangelio, aquel que tenía el «sí» fácil, pero cuya espalda se resistía a doblarse, y el otro que dice inmediatamente «no», pero después termina por trabajar (Mt 21,28-32). Por no hablar de esas dos hermanas, tan distintas, Marta y María (Lc 10,38-42). Ahora, en la parábola, este padre no logra “hacer” dos hijos perfectamente iguales; cada uno es un ejemplar único, irrepetible, exclusivo, nunca visto antes.

“*El hijo menor lo reunió todo y se marchó...*”. Para la praxis hebrea, era una petición casi indecente. La división de la herencia estando aún vivo el padre sólo se admitía en casos extremos. Pero leemos cómo el hijo tiene prisa, quiere gozar la vida inmediatamente, su actitud y su «insolencia» pueden representar la metáfora del pecador que pretende aprovecharse egoístamente de los bienes creados, «consumirlos» separándolos de la relación que los liga a Dios. Aquí, es el hijo quien habla. Más que hablar, pide, más que pedir, reclama y exige. Su tono es áspero, arrogante, descarado. Es el hijo quien desde el desorden manda al padre. Es incapaz de meterse en la lógica del don, de la dependencia en el amor, hace valer sus propios derechos.

Exige percibir inmediatamente la parte que le toca. El todo del amor no le basta, no le satisface, no sabe qué hacer con él. Quiere los bienes, el amor no le interesa por ahora, ya que se encuentra ambicioso por tener, poseer, consumir, gozar, por aprovecharse de las cosas al máximo, rechazando la comunión y elige estar solo sin necesidad de caminar con una familia. Este hijo es pobre no en el momento de la necesidad y del remordimiento, sino sobre todo aquí, cuando pone las manos en su «parte».

“*La vista y las entrañas...*”. Describe la parábola que cuando aún estaba lejos el hijo, su padre lo vio y, profundamente conmovido, salió corriendo a su encuentro. Nos encontramos en el corazón de la parábola. La escena presenta, en el fondo, a un personaje todavía indeterminado, difuminado (cuando aún estaba lejos...). Aquel que se divisa en el horizonte puede ser un mendigo andrajoso. Y en realidad es alguien que viene a mendigar algo, un puesto en el servicio. Pero la figura del padre, casi de improviso, se sitúa en primer plano, muy nítida. En seguida el hijo, que se ha puesto en camino para venir a buscar el pan, se encuentra cara a cara con el padre. Ese amor que antes ha dejado de lado, que no le ha parecido importante, ahora se convierte en lo principal. «Lo vio...». No es aventurado afirmar que lo vio, antes que con los ojos, con el corazón. «Conmovido» se podría traducir, más literalmente: «Tocado en las entrañas», que hace referencia al sentimiento materno (figura no narrada en la parábola pero asumida en este sentimiento). Sufrimiento y amor al mismo tiempo, tampoco sería aventurado pensar en los dolores de parto.

Aquí el padre muestra de nuevo a través de la acogida y del perdón la luz a su hijo, lo restituye a la vida, porque estaba muerto.

“*Salió el padre y le rogó que entrara...*”. El padre que sale a buscar al hijo mayor, quien se siente infeliz y tiene el corazón arrugado, con más corazón de esclavo que de hijo. El papá le abre el corazón, le explica, le insiste, le argumenta. Y es aquí donde entendemos el corazón de Dios que no resiste pérdidas, ni divisiones. Y frente a esta misericordia del padre hay un llamado a la conversión, una invitación a caminar sinodalmente (juntos). La conversión es para los dos hermanos, tanto para el que se fue con una vida desordenada, como para el que se quedó aparentemente santo y obediente, pero no tenía el corazón del padre. El menor regresó por conveniencia. ¿Qué pasó después de la manera como lo recibió el papá, mostrándole la grandeza de su amor? No lo sabemos. Con el hermano mayor también queda el gran pendiente, queda la tarea de no volver a decirle a su papá, este hijo tuyo, como quien se hace a un lado, es tu problema, no el mío. Sino decir más bien, este es mi hermano, así venga sucio, es mi hermano. Por tanto, contigo yo lo abrazo y perdono. Y esta es una tarea que nos espera a todos cada día. Hay que afirmar que una persona sea hija de Dios es fácil, todo creyente lo hace porque es la doctrina correcta, sin embargo, es complicado decir que esa persona que ha pecado siga siendo mi hermano.

Y esta es precisamente la tarea. Dios, el Padre Dios, se sale de la fiesta para venir a cada uno de nosotros y suplicarnos que profesemos que esa persona es nuestro hermano y podremos entrar y celebrar juntos la fiesta.

La misericordia del Padre, fuente de unidad

El padre un reflejo de nuestra Iglesia que ama, perdona, convoca, y celebra, la función maternal de la Iglesia (parroquia) también implica un cuidado constante por sus fieles (hijos). Al igual que un padre y una madre cuida y guía a sus hijos, la Iglesia ofrece los sacramentos, enseña la Palabra de Dios y acompaña a los creyentes en momentos de sufrimiento, forjando principalmente unidad en el caminar desde cada historia personal.

El Papa Francisco resalta que una “Iglesia madre” debe reflejar ternura y compasión, características esenciales para fomentar un ambiente de amor y crecimiento espiritual. Descubrimos cómo la parábola habla por sí misma; a cada lector le queda la tarea de releerla a partir de su propia experiencia de vida y de su propia historia. Y, sobre todo, al final se espera que tú y yo, cada uno por su cuenta, aportemos la conclusión que no tiene. Nos toca a nosotros ser generadores de unidad, como nos dice nuestro llamado: ser una comunidad que hace propio el sueño de Jesús de ser uno, como Él y el Padre son uno, y el sueño de nuestra Iglesia de asumir un estilo de vida y servicio más sinodal (PP100). Es decir, aprender a caminar sinodalmente, juntos, para no errar el camino a la Casa del Padre, para buscar el Pan de los hijos, y para descubrir la ternura del Padre y la alegría de la Vida.

Para reflexionar:

Responder en lo personal

1. ¿Qué sentimiento te mueve la lectura de esta parábola?
2. ¿Cómo vives tu camino cuaresmal en el regreso-conversión al Padre?

Para compartir (en comunidad)

1. ¿Qué nos falta en nuestra comunidad-parroquia para acoger al hermano que llega?
2. ¿Qué nos falta para ser una comunidad-parroquia que vive la unidad en el camino de nuestra vida?

Alessandro Pronzato, Las parábolas de Jesús en el evangelio de Lucas.

François Bovon, El evangelio según san Lucas, vol. III.

Walter Kasper, La misericordia.

Papa Francisco, Mensaje de audiencia general, 18.sep.2013.

Del santo evangelio según san Juan

Y Jesús se fue al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó en el Templo y toda la gente se acercó a él. Entonces Jesús se sentó y comenzó a enseñarles. Los escribas y los fariseos le trajeron a una mujer que había sido sorprendida cometiendo adulterio y, poniéndola en medio, le dijeron: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el momento de cometer adulterio. Moisés nos mandó en la Ley apedrear a estas mujeres. Y tú, ¿qué dices?». Decían esto para ponerlo a prueba y poder acusarlo. Pero Jesús se agachó y, con el dedo, comenzó a escribir en la tierra. Como ellos insistían en preguntarle, Jesús se levantó y les dijo: «Aquel de ustedes que no tenga pecado, que sea el primero en apedrearla». E inclinándose de nuevo continuó escribiendo en la tierra. Pero ellos, al oír esto, se fueron retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos, y lo dejaron solo con la mujer, la cual seguía allí. Jesús se levantó y le dijo: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado?». Ella le contestó: «Nadie, Señor». Entonces Jesús le dijo: «Tampoco yo te condeno. Vete y no vuelvas a pecar».

Palabra de Dios.

Meditación

La nueva ley del amor es trazada desde el perdón

El drama del pecado

El pasaje de hoy nos narra la doble intencionalidad de los escribas y fariseos al saber que Jesús está enseñando en el Templo, le presentan a una mujer sorprendida en adulterio, para la cual la ley de Moisés preveía la pena de lapidación. Ellos piden a Jesús que juzgue a la pecadora con la finalidad de "ponerlo a prueba" y de impulsarlo a dar un paso en falso. La escena está cargada de dramatismo: de las palabras de Jesús depende la vida de esa persona, pero también su propia vida.

De hecho, los acusadores hipócritas fingieron confiarle el juicio, mientras que en realidad es precisamente a él a quien quieren acusar y juzgar. Jesús, en cambio, está "lleno de gracia y de verdad" (Jn 1, 14): él sabe lo que hay en el corazón de cada hombre, quiere condenar el pecado, pero salvar al pecador, y desenmascarar la hipocresía (Papa Benedicto XVI).

Profundizando más la escena bíblica, el evangelista san Juan pone de relieve un detalle: mientras los acusadores lo interrogan con insistencia, Jesús se inclina y se pone a escribir con el dedo en el suelo. San Agustín observa que el gesto muestra a Cristo como el legislador divino: en efecto, Dios escribió la ley con su dedo en las tablas de piedra (cfr. San Agustín, *Comentario al Evangelio de Juan*, 33, 5). Jesús, por tanto, es el Legislador, es la Justicia en persona. Y ¿cuál es su sentencia? *"Aquel de ustedes que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra"*.

Para que entendamos mejor este pasaje, pongamos la atención a quienes son los personajes. Los personajes son tres, un triángulo narrativo, que posee mayor fuerza dramática a lo que se narra. Por una parte tenemos a una mujer, sin nombre, no sabemos prácticamente nada de la historia de esta mujer excepto un detalle, que fue encontrada en adulterio, no es presentada como persona sino solamente a partir de la etiqueta de su pecado, adúltera y además encontrada in fraganti.

Por otra parte, tenemos un segundo personaje que es colectivo, se trata de un grupo de escribas y fariseos que extienden el dedo hacia la mujer para acusarla. Ellos se dejan conocer por su oficio, escribas y por su radicalismo religioso, pertenecen al partido de los fariseos. Se comportan como celosos funcionarios de lo sagrado, como los que conocen y hacen aplicar las normas al pie de la letra. Y tenemos también como tercer personaje, obviamente el protagonista Jesús, a quien le interrumpen su enseñanza en el Templo. Para pedirle que se pronuncie sobre este caso, ¿tú qué dices?, le preguntan al maestro.

Este triángulo narrativo: la mujer, los acusadores, y Jesús, junto con la pregunta complicada y compleja ¿Cómo responde Jesús? ¿Cómo se posiciona Jesús frente al caso?

El narrador san Juan hace notar un primer movimiento físico de Jesús, que repite dos veces. Un movimiento físico que da un espacio para que la gente piense. Narra que Jesús se inclinó y se puso a escribir con el dedo en la tierra. Hay un desplazamiento del foco de la atención. Con este gesto es Jesús quien pasa al centro, colocándose en el lugar de la mujer. Todo el mundo está pendiente de lo que Jesús está haciendo en el suelo. Y esto obliga al auditorio también a inclinarse frente a Jesús, incluso a hacer silencio, los deja callados.

Y por otra parte, este tiempo de silencio congela la situación, lleva cada uno a confrontarse sobre la monstruosidad de lo que están a punto de hacer con esta mujer.

Jesús no respondió como se esperaría, no dijo sí, tampoco no, simplemente se inclinó y comenzó a escribir en el suelo. Vemos en el relato como la gente comienza a ponerse nerviosa, entonces refuerzan la presión ante el gesto enigmático de Jesús. Lo empujan a que responda, pero Jesús se vuelve a inclinar. Es este un gesto que no hace más que enfocar la escena en Él y dar el tiempo para reflexionar sobre la respuesta contrastante que dirá en voz alta: “Aquel de ustedes, que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra”. ¿Por qué Jesús dijo esto? Ellos querían que Jesús condenara según la ley, sin embargo Jesús pone al descubierto su hipocresía, ya que poco les importaba la mujer y su salvación, sino tenderle una trampa a Jesús. La justicia de Dios no consiste en castigar sino en transformar y liberar. De esta manera, reorienta la atención de mirar a un pecador (la mujer) para dirigirla a ellos mismos (los acusadores). Jesús los desafía a no mirar el pecado del otro sino el suyo. Este desafío irrefutable desmonta la escena condenatoria.

Al final solo permanecen dos, al respecto comenta san Agustín; frente a frente la miseria y la misericordia. Así llegamos al final de la escena donde Jesús se levanta a la altura de la mujer,

diríamos a la altura de su corazón con respeto y es entonces que le da la oportunidad de conversar, no había hablado hasta ahora. Y notamos tres detalles; Primer detalle, la llama mujer, gran respeto y delicadeza con la que es tratada. Segundo detalle, le pregunta a la mujer: ¿Dónde están tus acusadores, ninguno te ha condenado?, Jesús en este momento verifica el fin del proceso condenatorio que la llevaría a su muerte. Tercer detalle, la envía, la devuelve de nuevo a su mundo para que inicie una nueva etapa de su vida. “Mujer tampoco yo te condeno, vete y no vuelvas a pecar”. Jesús se comporta como maestro verdadero. Maestro es el que constantemente construye y reconstruye vidas.

Iglesia maestra de la misericordia

Jesús no es un juez que condena o absuelve, simplemente ninguno de las dos cosas, es un maestro que abre caminos optando por una tercera vía. Se ocupa de una persona que ha fallado, liberándola doblemente, por una parte de su pecado, pero por otro también del entorno que intenta eliminarla como mujer. Jesús no la recrimina por lo que hizo, sino que la motiva para que viva libre y plenamente, no le cambia el pasado, lo que le cambia es el futuro que desde este momento esta mujer comienza.

Este pasaje bíblico nos interpela y nos anima a ser una Iglesia misericordiosa que genera espacios de escucha y diálogo, donde se favorezcan procesos de perdón y reconciliación para sanar las relaciones fundamentales de las personas. O, como dice nuestro llamado pastoral, ser una comunidad misericordiosa como el Padre, que vive la caridad fraterna, construyendo una “Casita Sagrada” que manifiesta el consuelo materno de Dios, especialmente a quienes sufren, y donde nadie se siente extraño.

Leer este pasaje nos ayuda a reconocer el camino sinodal de la conversión, a seguir descubriendo la misericordia de Dios en nuestras vidas para avivar nuestra identidad de hijos de Dios y hermanos del prójimo, que en su fragilidad sufre y cae, para que podamos vencer la tentación de ser una Iglesia que no lleva a la práctica las enseñanzas del Maestro (cfr. Walter Kasper, *La misericordia*).

Para reflexionar:

A nivel personal

1. ¿En algún momento la fragilidad humana te ha hecho sentir o desear que otros este fuera de la Iglesia?
2. ¿En esta cuaresma has experimentado su misericordia en tu vida?

Para compartir (en comunidad)

1. ¿Qué desafíos como comunidad-parroquia debemos enfrenar para reflejar y ser una Iglesia misericordiosa?
2. A la luz de este pasaje ¿qué significa ser una Iglesia de puertas abiertas?

Walter Kasper, *La misericordia*.
San Agustín, *Tratados sobre el evangelio de San Juan*.
X. Leon-Dufour, *Lectura del evangelio de Juan. 5 -12*. Vol. II.
R. Schnackenburg, *El evangelio según San Juan*.

Del Santo Evangelio según San Lucas 13, 1-9

En ese momento se presentaron algunos ante Jesús para informarle de que Pilato había asesinado a unos galileos y mezclado su sangre con los sacrificios que ofrecían. Jesús les respondió: «¿Piensan que esto les sucedió a esos galileos porque eran más pecadores que todos los demás? Les aseguro que no, pero, si ustedes no se convierten, entonces morirán de manera semejante. ¿Y piensan que aquellos dieciocho hombres que murieron cuando cayó sobre ellos la torre de Siloé eran más culpables que todos los demás habitantes de Jerusalén? Les aseguro que no, pero, si ustedes no se convierten, morirán como ellos».

Jesús les dijo esta parábola: «Un hombre tenía una higuera plantada en su viña. Fue a buscar frutos en ella, pero no los encontró. Entonces le dijo al cuidador de la viña: “Ya hace tres años que vengo a buscar frutos en esta higuera y no los encuentro. ¡Córtala! ¿Para qué va a seguir ocupando terreno en balde?” Pero el cuidador le contestó: “Señor, déjala todavía un año más. Yo cavaré a su alrededor y le pondré abono. Quizá en adelante dé fruto. Si no es así, entonces la cortarás”.

Palabra de Dios.

Meditación

La urgencia de la conversión

Este pasaje del Evangelio de Lucas, que corresponde al tercer domingo de Cuaresma, nos coloca frente a dos enseñanzas fundamentales: la urgencia de la conversión y la infinita paciencia de Dios. Estas dos realidades no son opuestas, sino complementarias, y nos invitan a reflexionar profundamente sobre el tiempo de gracia en el que vivimos. Jesús comienza su enseñanza abordando dos eventos trágicos: la matanza de los galileos por Pilato y la caída de la torre de Siloé. En ambos casos, rechaza la interpretación común de su tiempo, según la cual el sufrimiento o la muerte violenta son un castigo divino por el pecado. Aquí Jesús propone un cambio radical en la concepción del sufrimiento: no debemos equiparar el dolor humano con un juicio inmediato de Dios.

El mensaje de Jesús trasciende cualquier explicación causal del mal. Él invita a ver en estos eventos un llamado a la conversión. La fragilidad de la vida humana nos recuerda que nuestro tiempo es limitado y que cada instante debe vivirse a la luz de Dios. «Si ustedes no se convierten, morirán de manera semejante», dice Jesús, subrayando que el verdadero peligro no es la muerte física, sino la muerte espiritual que resulta de alejarnos de Dios. La conversión, por lo tanto, no es solo un cambio de conducta, sino un retorno profundo al corazón de Dios, una respuesta activa a su gracia que nos llama continuamente. Es un llamado urgente que no debe posponerse, porque nuestro presente es el tiempo privilegiado para redescubrir nuestra relación con el Señor.

La parábola de la Higuera estéril: la paciencia de Dios

La parábola de la Higuera refuerza este mensaje al destacar la paciencia y la misericordia divinas. La Higuera, símbolo de Israel y de cada uno de nosotros, está llamada a dar fruto, pero su esterilidad representa la falta de respuesta a la llamada de Dios. Sin embargo, el cuidador de la viña intercede, pidiendo tiempo y comprometiéndose a trabajar en ella. Esta figura, que podemos identificar con Cristo mismo, revela el amor incondicional de Dios, quien no desea la condenación de nadie, sino que todos lleguen al arrepentimiento (cf. 2 Pe 3,9).

El trabajo del cuidador, cavar y abonar la tierra, nos recuerda que la conversión requiere esfuerzo y cooperación con la gracia divina. Dios nos concede tiempo, pero este no debe ser desperdiciado.

La paciencia de Dios no es una excusa para la inacción, sino una oportunidad para el cambio, una invitación a transformar nuestra vida y dar fruto en el amor, la justicia y la verdad. Santa Teresa de Lisieux nos dice: No tengo miedo de mis debilidades; al contrario, me glorío en ellas, porque en cuanto reconozco mi nada, descubro más plenamente la paciencia y la misericordia infinita de Dios.

La misión, dar fruto

Uno de los llamados de nuestro plan de pastoral es: ser una Iglesia misionera en salida. Ser una comunidad enviada por el Padre que, como Jesús, presenta con alegría y sencillez el evangelio a todos de una manera renovada y adecuada a la cultura actual (PP117).

La misión de la Iglesia en el mundo se alinea con este llamado del evangelio. Ser una comunidad que, como el viñador, cuida, cultiva y anima a cada persona a vivir en plenitud según el Evangelio. En un mundo marcado por el individualismo y la indiferencia, la Iglesia está llamada a ser el signo visible del amor paciente de Dios, que nos llama a estar con Él. En este año jubilar se nos pide: necesitamos que “sobreabunde la esperanza” (cf. *Rm* 15,13) para testimoniar de manera creíble y atrayente la fe y el amor que llevamos en el corazón; para que la fe sea gozosa y la caridad entusiasta; para que cada uno sea capaz de dar, aunque sea una sonrisa, un gesto de amistad, una mirada fraterna, una escucha sincera, un servicio gratuito, sabiendo que, en el Espíritu de Jesús, esto puede convertirse en una semilla fecunda de esperanza para quien lo recibe.

Pero, ¿cuál es el fundamento de nuestra espera? Para comprenderlo es bueno que nos detengamos en las razones de nuestra esperanza (*Spes non confundit*, 18).

El cristiano no puede ser solo apariencia, el texto nos recuerda que no basta con aparentar vida y piedad, como la higuera que tiene hojas pero no frutos. La misión de la Iglesia no es meramente institucional, sino profundamente espiritual: llevar a cada persona al encuentro con Cristo, el único que puede transformar el corazón humano. La misión de la Iglesia es tanto kerigmática como caritativa, anunciar el Reino y encarnar el amor de Dios. La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (*kerygma-martyria*), celebración de los Sacramentos (*leiturgia*) y servicio de la caridad (*diakonia*). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia (*Deus Caritas Est* 25). Como comunidad, la Iglesia está llamada a ser fecunda en obras de justicia, misericordia y caridad, reflejando el amor de Dios hacia todos, especialmente hacia los más pequeños y necesitados. En este tiempo de Cuaresma, debemos también renovar nuestro compromiso de ser luz para el mundo, anunciando con valentía el Evangelio y ofreciendo un testimonio de humildad y servicio en un mundo que tantas veces carece de esperanza.

Para reflexionar:

A nivel personal

1. ¿Qué frutos estoy dando en mi vida de fe y en mi relación con Dios? ¿De qué manera puedo responder al llamado de conversión que Jesús me hace hoy?
2. ¿Cómo aprovecho la paciencia de Dios en mi vida? ¿Estoy dejando que su gracia transforme mi corazón o estoy postergando mi respuesta?

Para compartir (en comunidad)

1. Como comunidad, ¿qué obstáculos enfrentamos para vivir como auténticos discípulos que dan fruto? ¿Cómo podemos superarlos juntos?
2. ¿Qué acciones concretas podemos emprender como Iglesia misionera para acompañar, amar y dar esperanza al mundo?

Teresa de Lisieux, *Autobiografía Historia de un alma*.
Joseph Ratzinger, *Deus Caritas Est*.
Papa Francisco, *Spes non Confundit*.



Segundo domingo de cuaresma
Lucas 9, 28b-36

(Exposición del Santísimo)
(Guía:)

Según san Lucas

Unos ocho días después, tomó aparte a Pedro, Santiago y Juan, y subió a una montaña para orar. Mientras estaba orando cambió la apariencia de su rostro y su ropa se volvió blanca y resplandeciente. En esto, dos hombres se pusieron a conversar con él: eran Moisés y Elías que, resplandecientes de gloria, hablaban con Jesús sobre su partida de este mundo que se iba a cumplir en Jerusalén. Pedro y sus compañeros tenían mucho sueño, pero permanecieron despiertos y vieron la gloria de Jesús y la de los dos hombres que estaban con él. Cuando estos ya se alejaban, Pedro le dijo a Jesús: «¡Maestro, qué bien estamos aquí! ¡Hagamos tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías!». Pero no sabía lo que decía. Mientras decía esto, una nube los cubrió y al entrar en la nube tuvieron mucho temor. Y desde la nube salió una voz que dijo: «¡Este es mi Hijo, el elegido! ¡Escúchenlo!». Cuando se oyó la voz, Jesús se encontraba solo. Los discípulos guardaron silencio, y durante ese tiempo no dijeron a nadie lo que habían visto.

(Silencio meditativo)
(canto apropiado)
(Guía)

Pensemos un momento sobre la Iglesia discípula.

“Unos ocho días después, tomó aparte a Pedro, Santiago y Juan, y subió a una montaña para orar. Mientras estaba orando cambió la apariencia de su rostro y su ropa se volvió blanca y resplandeciente”.

(Silencio meditativo)

Este momento nos recuerda que la Iglesia discípula es aquella que sube con Jesús a la montaña, es decir, que quiere apartarse del ruido del mundo para entrar en la intimidad con Dios a través de la oración. En este espacio sagrado, como los discípulos, podemos contemplar la luz de Cristo, dejarnos transformar por su presencia y renovar nuestra fe.

Como comunidad, estamos llamados a reflejar la luz de Cristo en el mundo. Una Iglesia discípula es una Iglesia centrada en Cristo Redentor, que ora, contempla e irradia su rostro.

Señor, que en este momento de intimidad contigo podamos mirar tu rostro transfigurado. Te pedimos que ilumines nuestro camino y nos hagas discípulos fieles, cercanos a tu corazón y al del ser humano.

(Silencio meditativo)



(Guía)

Pensemos un momento sobre la Iglesia misionera y en salida

“En esto, dos hombres se pusieron a conversar con él: eran Moisés y Elías que, resplandecientes de gloria, hablaban con Jesús sobre su partida de este mundo que se iba a cumplir en Jerusalén.”

(Silencio meditativo)

Moisés y Elías aparecen resplandecientes y conversan con Jesús sobre su partida, su “éxodo” que se cumpliría en Jerusalén. Este momento nos muestra que la misión de Cristo no es quedarse en la gloria de la montaña, sino descender y entregar su vida por la salvación del mundo.

De la misma manera, la Iglesia misionera no puede quedarse solo en la contemplación; está llamada a salir al encuentro del mundo, a caminar con Jesús hacia la cruz y la resurrección. Queremos ser una comunidad enviada por el Padre que, como Jesús, presenta con alegría y sencillez el Evangelio a todos. Moisés y Elías, que representan la Ley y los Profetas, son figuras muy fuertes para la cultura de su tiempo. Nosotros también queremos llevar el Evangelio a todos de una manera renovada y adecuada a la cultura actual.

Que en este tiempo de oración pidamos a Dios la gracia de ser una Iglesia en salida, peregrinos de esperanza, dispuesta a llevar su mensaje a todos.

(Silencio meditativo)
(canto apropiado)



(Guía)

Pensemos en una Iglesia Unida y sinodal

“Pedro y sus compañeros tenían mucho sueño, pero permanecieron despiertos y vieron la gloria de Jesús y la de los dos hombres que estaban con él. Cuando estos ya se alejaban, Pedro le dijo a Jesús: «¡Maestro, qué bien estamos aquí! ¡Hagamos tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías!». Pero no sabía lo que decía.”

(Silencio meditativo)

Pedro y sus compañeros, a pesar del cansancio, permanecen despiertos y contemplan la gloria de Jesús junto a Moisés y Elías. Ante esta experiencia, Pedro expresa su deseo de quedarse allí, proponiendo hacer tres chozas, sin comprender del todo el significado del momento.

La Iglesia unida y sinodal es aquella que, como los discípulos, permanece despierta, atenta a la voz de Dios y dispuesta a caminar junta. La tentación de Pedro de construir tres tiendas nos habla del riesgo de querer dividir lo que Dios ha unido, de aislarnos en experiencias individuales, “cada quien en su tienda”, sin entender que el camino de la fe es compartido, en comunión y diálogo constante. Señor Jesús, queremos ser una comunidad que, estando despierta, hace propio el sueño de Jesús: ser uno, como Él y el Padre son uno. Queremos asumir el sueño de nuestra Iglesia, más sinodal.

(Silencio meditativo)

(Guía)

Pensemos un momento en una Iglesia Misericordiosa y de puertas abiertas

“Mientras decía esto, una nube los cubrió y al entrar en la nube tuvieron mucho temor. Y desde la nube salió una voz que dijo: «¡Este es mi Hijo, el elegido! ¡Escúchenlo!». Cuando se oyó la voz, Jesús se encontraba solo. Los discípulos guardaron silencio, y durante ese tiempo no dijeron a nadie lo que habían visto.”

(Silencio meditativo)

Los discípulos son envueltos por una nube, símbolo de la presencia de Dios, y sienten temor. En medio de esta experiencia, la voz del Padre resuena con claridad: “¡Este es mi Hijo, el Elegido! ¡Escúchenlo!”. Al desvanecerse la visión, solo Jesús queda con ellos.

Jesús es la misericordia del Padre hecha palabra y presencia. Dios no deja a la humanidad en la confusión o el miedo; en su infinita compasión, nos da a su Hijo como Redentor. Es Jesús nuestra esperanza que no defrauda.

Señor, ayúdanos a ser una comunidad misericordiosa como Tú, que vive la caridad fraterna, y ayúdanos a construir una “casita sagrada” que manifieste tu consuelo, especialmente a quienes sufren.

(Silencio meditativo)



(Acción de gracias)

(Guía)

Padre que estás en el cielo, la fe que nos has donado en tu hijo Jesucristo, nuestro hermano, y la llama de caridad infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, despierten en nosotros la bienaventurada esperanza en la venida de tu Reino.

Tu gracia nos transforme en dedicados cultivadores de la semillas del Evangelio que fermenten la humanidad y el cosmos, en espera confiada de los cielos nuevos y de la tierra nueva cuando vencidas las fuerzas del mal se manifestará para siempre tu gloria.

La gracia del Jubileo revive nosotros, Peregrinos de Esperanza, el anhelo de los bienes celestiales y derrame en el mundo entero la alegría y la paz de nuestro Redentor . A ti, Dios bendito eternamente, sea la alabanza y la gloria por los siglos.

Amén.

(Bendición final con el Santísimo)



VICARÍA EPISCOPAL DE PASTORAL.
ZUAZUA No. 1100 SUR.
CENTRO, MONTERREY, N.L.
C.P. 64000.
TEL (81) 11582477
www.arquidiocesismty.org
vicariadepastoral@arquidiocesismty.org